
CAPITULO XVIII.

LAS IDEAS DE LA INTERNACIONAL.

Después de exponerlas, es necesario examinarlas, si queremos conocer los elementos que impulsan y detienen el movimiento republicano en Europa. Esta sociedad nació de una aspiración legítima de los trabajadores, á mejorar su condición económica. Esta asociación tuvo una idea, que es verdaderamente progresiva, la idea de la solidaridad de todos los trabajadores del globo. Esta asociación se mantuvo dos años en la esfera de las cuestiones económicas, y pasados estos dos años, se perdió en las nieblas de las utopías políticas. ¿Qué desmedido influjo la había extraviado? ¿Qué ideas la habían perdido? ¿Qué escritores, qué publicistas le habían prestado ideal tan extravagante y tan extraño que oscureció un gran pensamiento y malogró un nobilísimo esfuerzo? Vamos á verlo.

Indudablemente es Alemania la nación más idealista de Europa. Allí se ha forjado la religión moderna, el protestantismo; allí la filosofía moderna, el hegelianismo. Pero si es la nación más idealista, es también la nación donde más fácilmente surgen las utopías. Na-

die puede olvidar qué excesos trajeron sobre Alemania las ideas religiosas de Lutero, aquellas ideas religiosas que se reducían á dos principales objetos: á convertir á cada hombre en sacerdote por medio de la interpretación de la Biblia y á llevar el principio de la gracia divina á la dirección y gobierno de la vida humana. Aquella religión, confinada en la esfera superior del pensamiento, traspasó la realidad, y fué á buscar al mísero campesino en su cabaña para agitarlo como con viento de tempestad y moverlo á insensatas empresas. Cuando vió el terruño inundado de sangre, los cielos abrasados por el incendio, la guerra horrible, el mismo Lutero, con todo su ardor de inteligencia, con toda su energía de carácter, se apenó profundamente, y estuvo á punto de arrepentirse de su revolución y renegar de su obra. La utopía tomó carne, sangre y hueso en fantástico profeta, que ponía á servicio de un comunismo bárbaro, llevado á extremos indecibles, la mágica influencia ejercida por su arrebatada palabra y por sus sensuales visiones. El que parecía loco furio-

so y ciego, supo pelear como héroe y sucumbir como mártir, dejando en la tierra de Alemania semillas de utopías que no se han perdido todavía. Ningun pueblo, ninguno, puede ofrecer una sociedad comunista como la sociedad de los hermanos moravos, nacida y arraigada al calor del espíritu germánico. Los individualistas por excelencia; los hombres de la libertad natural; los que fundaron tribus y confederaciones casi republicanas en las selvas primitivas; los que trajeron al seno de este mundo romano esclavizado por el Cesarismo los principios salvadores de la individualidad, raíces profundas de todas las libertades; los que recabaron la autoridad civil y la defendieron contra la excesiva autoridad religiosa de la Edad Media; los que idearon e instituyeron la religión de la conciencia y del pensamiento libres, la práctica de la interpretación personal; los forjadores de la conciencia, que se creen, y á justo título, artífices de la personalidad humana, tal como nuestro tiempo la concibe, han ideado mil veces perdernos, borrarnos en el comunismo, por una contradicción evidente con su naturaleza y con su historia.

Ese pensamiento comunista, que hoy posee á las muchedumbres de los trabajadores, ha nacido en cerebro germánico. Sostenía con vigor en la prensa el principio republicano como forma y el principio comunista como esencia de la sociedad un escritor á quien los alemanes daban grande mérito, y que á nosotros, hijos del Mediodía, suele parecerse confuso y pesado. Este hombre es Marx, cuya fama ha llegado ya á todas las naciones, y conseguido una importancia universal. La revolución de 1848 puso de relieve su nombre; y las reacciones sucesivas le lanzaron fuera de su patria. Primero en Bélgica, después en Francia, por último en la Gran-Bretaña, divulgó en escritos, más llenos de ideas que animados de artístico estilo, el nuevo ideal de la economía socialista, reducido á un verdadero comunismo. Baste decir que su obra capital fué concebida y escrita

contra Proudhon; que la llamó Miseria de la Filosofía en oposición á la Filosofía de la miseria; y que la consagró á formular y difundir el comunismo. La palabra le parecía dura, desacreditada y como verdadero nominalista, la sustituyó con otra palabra análoga, con la palabra colectivismo. Sus más entusiastas discípulos reconocen que este nombre no tuvo otro objeto sino ocultar la verdadera naturaleza de su sistema, el comunismo; y que la esencia de su doctrina se confunde con la esencia de la doctrina de Cabet traducido por Ewerbech, un comunista amigo de Marx, á la lengua germánica. La comunidad de los instrumentos de trabajo; hé ahí la palabra de orden de la nueva secta: la tierra, la moneda misma consideradas como instrumentos de trabajo; hé ahí las consecuencias inmediatas de esa palabra de orden que se reduce á la acaparación universal de todas las propiedades muebles é inmuebles por el Estado para emprender y realizar una nueva distribución de la riqueza. Tales fueron las ideas concebidas en Alemania, ampliadas en la emigración, puestas al nivel de la inteligencia de los trabajadores por Marx, que desde su retiro de Londres, fué como el ministro, como el oráculo, como el inspirador de la Internacional en todas las naciones de Europa.

Le auxilió en esta empresa el célebre revolucionario ruso llamado Bakounine. Pocos hombres han ejercido una influencia tan directa en la democracia europea como el célebre propagandista y revolucionario de la democracia moscovita. Desde sus más cortos años, perteneció á la escuela literaria que en religión combatía la ortodoxia griega, y en política la tiranía moscovita. Aquella escuela filosófica, derivada del espinosismo, que identificaba las leyes del pensamiento con las leyes de la realidad, y que disolvía la esencia de Dios en el seno de la naturaleza, abrasó su mente en fogoso delirio. La suerte de Polonia tocó su corazón. Y sus sentimientos exaltados y sus ideas humanitarias, aunque

confusas, valiéronle persecuciones sin cuento del sombrío déspota Nicolás I, que resucitó las prácticas del antiguo Imperio Romano. Errante por Alemania, le sorprendió la revolución de Febrero; y sin contar las dificultades de la empresa, ni contar el número de sus enemigos, se lanzó á la pelea en los campos y en las calles. El Imperio austriaco, la monarquía prusiana, el reino sajón sintieron estremecimientos al empuje de la propaganda y de los esfuerzos de aquel Hércules. Tres días le tuvo Dresde de dictador, tres días de dramáticas batallas. Por fin, la reacción le aplastó como á toda la juventud alemana. Los soldados del vencedor lo llevaron á los calabozos de Austria, donde sufrió todo género de tormentos; y el Austria lo entregó á Rusia para que lo confinara en los campos de Siberia. Allí, su pensamiento abrasador, su naturaleza inquieta, sus pasiones exaltadas no le dejaron punto de reposo; y concibió la idea gigantesca de escaparse por tierra, de atravesar el río Amor, de recorrer una parte del Asia, y buscar seguro refugio en el asilo de la libertad, en los Estados Unidos; proyecto gigantesco, en que empleó esfuerzos dignos de los grandes descubridores, y en que tuvo aventuras dignas de las fantásticas leyendas.

Esta es la primera fase de la vida de Bakounine. La segunda comienza con su emigración, se extiende á su residencia en Europa, y está llena toda ella de su desmedido influjo sobre las clases trabajadoras. Los Estados Unidos, que ofrecen campo tan vasto á la actividad humana, y objetos tan varios al empleo de las humanas facultades, le procuraron una posición desahogada, y esta posición le permitió tener un asilo en el centro de Europa. Ya aquí, desde la libre ciudad de Ginebra, toda su actividad se concentró en la propaganda de su idea, y en la organización de fuerza que pudieran hacerla prevalecer y triunfar. No busqueis ya el antiguo misticismo de Schelling, aquella adoración de la naturaleza empapada en la luz y en el calor de Dios; bus-

cad y encontrareis un materialismo grosero, sensualísimo, que olvida por completo la idea, la inteligencia, el alma, y se consagra á la apoteosis del estómago. No busqueis tampoco aquella fé, antigua en la República; las formas de gobierno le parecen todas igualmente desastrosas, y las instituciones todas igualmente inútiles. Su empeño único es destruir el Estado, donde los filisteos de la banca y de la aristocracia se refugian, aunque haya de perecer bajo sus ruinas. Así combate acremente á Mazzini, su inspiración artística, emanada de las ruinas de Italia; su fervor religioso, encendido en los altares de Roma; su República, forjada en los moldes hermosísimos de la antigua Atenas; su elocuencia, profundamente patriótica; su amor á la raza de los grandes héroes y de las puras inspiraciones; su democracia idealista, su republicanismo clásico. Por la mente del pensador ruso ha pasado el frío glacial de la estepa, helando toda aspiración á lo sublime. Su idea única, exclusiva, es cambiar las condiciones del trabajo; y para cambiar las condiciones del trabajo, su ideal no está ni en la religión, ni en la filosofía, ni en la ciencia, ni en las antiguas escuelas socialistas, ni en los modernos sistemas; su ideal está en el municipio esclavo, donde todas las individualidades más varias se identifican en la vida común, y donde la tierra no pertenece á nadie, por lo mismo que pertenece á todos. Verdad es que ese municipio moscovita, ó mejor dicho asiático, tiene precedentes, y tiene genealogías, cuya enseñanza jamás se borrará ni de la inteligencia humana, ni de la humana historia. No han sido otra cosa las tribus indias que permanecen todavía en perpétua infancia; las familias patriarcales que han llevado vida nómada en la inmensidad del desierto; las sectas religiosas que el calor del clima y el calor del espíritu suscitaban, allá en las encendidas tierras de Palestina, cubiertas por el rescoldo de tantas exaltadas ideas y encendidas pasiones; el convento que se alza al comenzar la histo-